

NOTAS DE "EL SUMIDERO" DEL RIO CHIAPA

POR ALFREDO IBARRA, JR.

Henos en Tuxtla Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas. Su aspecto es agradable. Se siente un calor sofocante. El clima caliente seco no permite llevar mucha ropa.

Un viejo amigo me va nombrando lo que vemos: el jardín Rodolfo Figueroa, el Palacio de Gobierno, los Portales y allá al fondo, la recortada figura de la cordillera del Hueitepec, en donde está el "Sumidero".

Pocos conocen el "Sumidero". Los tuxtlecos lo han visto de lejos, pero no le dan importancia. Saben que es lo mejor que hay en los 70,000 kilómetros cuadrados que tiene el Estado, saben que es un enorme cañón que cruza el río de Chiapa, pero nadie se preocupa por él.

—¿Qué tanto tarda uno en entrar al "Sumidero"?—pregunto a mi amigo.

—Entrar es difícil—contesta—pero salir es imposible—. Esta contestación me aclara la causa del abandono en que tienen esa joya geográfica. Siendo peligroso, la gente tiene buen cuidado en observarla de lejos.

El "Sumidero" lleva este nombre por un error: San Cristóbal las Casas está en un valle rodeado de cerros, sin más salida para el agua que un pequeño conducto subterráneo por el que el Río Amarillo desagüa, siendo este lugar un verdadero sumidero que está a la vista de todos. Y como en Tuxtla veían entrar y salir el río, creían que por un lado se sumía, como en San Cristóbal, y recorría todo o parte del trayecto bajo la inmensa mole de la cordillera. Hoy sigue llamándose "Sumidero", a pesar de que se sabe que no hay corriente subterránea.

La cordillera del Hueitepec corre frente a Tuxtla de S. E. a N. W. y el río la divide casi en el sentido de su longitud. El cañón tiene alrededor de 15 kilómetros y es digno de ser visitado por todo el que se interese en conocer el país y que sepa apreciar los paisajes magníficos.

Frente a Chiapa de Corzo, el río toma el nombre de la población;

saliendo, algunos le llaman Grijalva y otros Mexcalapa, especialmente cuando cruza el departamento de este nombre. Como a un kilómetro de Chiapa de Corzo, aguas arriba, recibe un importante afluente, el Suchiapa. Frente a Chiapa, el cauce se ensancha bastante para hacerse más angosto poco después y seguir una corriente rápida la mayor parte del curso, hasta pasar por debajo del puente colgante, en el camino a Tuxtla, como a dos kilómetros de Chiapa. En este lugar es donde principia exactamente la obra de erosión vertical hecha en una roca compuesta de delgadas capas de pizarra. Más adelante hay un pequeño hueco como de un kilómetro y después de él se inicia de manera definitiva y brusca la elevación de las márgenes, que varía entre 300 y 350m. De este lugar en que se origina el cañón, al pueblo de Osumacinta, donde aquél concluye, habrá unos 13.5 Kms.

Salvo algunas fuertes y cortas desviaciones, el río sigue de N. a S. hasta llegar a un gran remanso dentro del cañón, en donde varía la dirección hacia el E. S. E. Después de unos cinco kilómetros, da vuelta hacia el S. y luego toma nuevamente la dirección que traía antes, hasta fuera del encajonamiento.

Una vez determinado el sentido en que se desarrolla el cañón, escogí para observaciones un lugar llamado Piedra Parada, donde el río hace un recodo y el paisaje se domina tanto río abajo cuanto aguas arriba.

De hacer a pie el camino a Piedra Parada, se tienen que andar cinco largas horas ascendiendo continuamente y admirando las variaciones de un paisaje a veces maravilloso.

Por la continua elevación del vapor desde el fondo del cañón, a corta distancia de Tuxtla se cambia de clima. Es caliente húmedo el de una zona donde las nubes descargan; la vegetación es poco variada, pero de un gran desarrollo. El bosque es tan espeso, que los rayos del sol casi nunca llegan al suelo; los troncos están muy cerca unos de otros y tan crecidos, que parece que quisieran llegar hasta las nubes. Cuando un árbol muere, ¡con cuánto trabajo llega a caer! Sus compañeros lo sostienen como los soldados de una falange romana pueden haber sostenido a un compañero herido y próximo a despalmarse. La humedad pudre a los árboles caídos y el tiempo los convierte en tierra negra y fecunda, donde crece vigorosa la mata de maíz, que da grandes elotes para el indio.

En esta excursión, Piedra Parada es nuestro lugar de descanso. Es una roca acantilada de más de cinco metros de altura, con buena inclinación, que nos favorece del sol, de la lluvia y de la niebla que humedece la ropa durante la noche.

La primera impresión que se recibe al llegar al borde del cañón es inolvidable. La tupida vegetación impide ver a dos metros de dis-

tancia, y cuando menos lo esperamos, estamos a un paso del borde del precipicio. Allá abajo, a una profundidad vertiginosa, corren las aguas del río Chiapa. El cauce es pedregoso y de una inclinación muy pronunciada a juzgar por la rapidez con que corren las aguas. La corriente da de lleno contra grandes piedras, que cambian continuamente el curso, y se levanta una nube de espuma blanca seguida de un ruido ensordecedor. Tenemos que hablar a gritos para oírnos.

Nos hemos acercado con grandes precauciones y observamos la corriente bordeada por un verde zacate, al parecer. El que no se siente atarantado, domina con dificultad el secreto impulso que le ordena con firmeza dar un salto hacia el vacío.

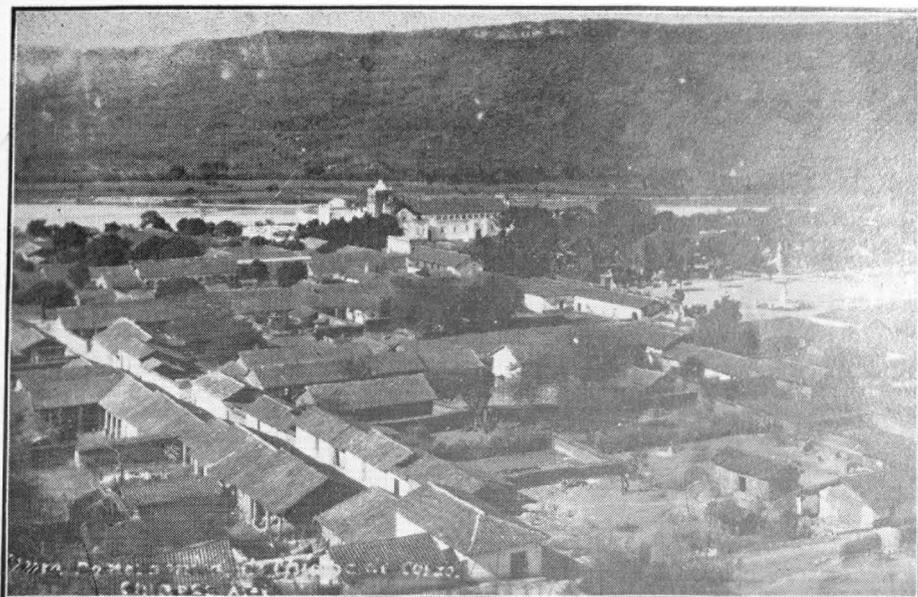
Los montes están separados arriba, en los bordes, más de un kilómetro. En un espacio talado se han construido algunas casas que parecen palomas que se acercaran curiosas a un borde. Lo demás es verde, verde claro o verde oscuro.

Las cámaras fotográficas han funcionado muchas veces en nuestro afán de asegurar valiosos documentos, pero las fotografías no sirven; unas las ha echado a perder la humedad, otras son víctimas de la niebla que guarda celosa los paisajes. Sin embargo, varias veces he hecho excursiones a Piedra Parada en compañía de mis alumnos de la clase de Geografía Física y hemos logrado hacer buenas observaciones, a pesar de carecer de aparatos. Además, exploramos en práctica, por encargo de la Escuela de Educación Física de México.

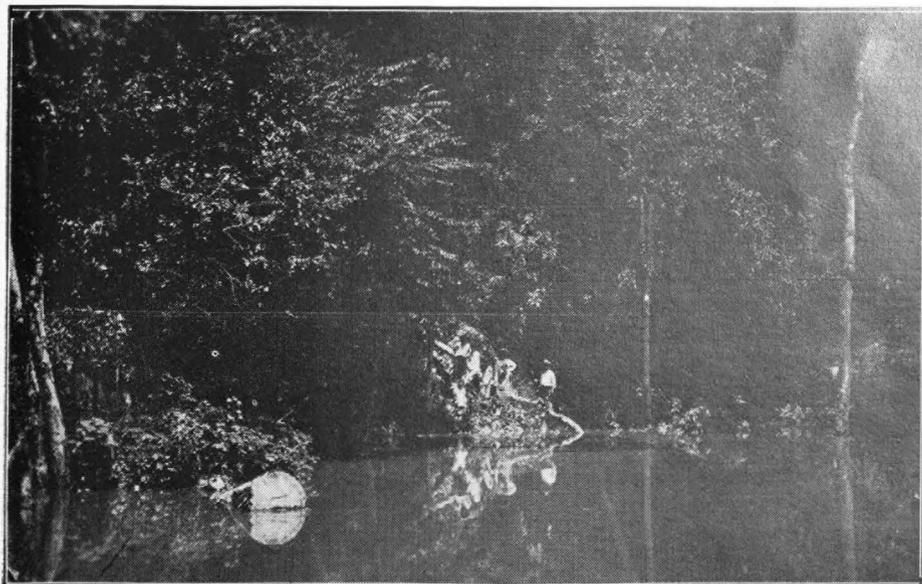
Mis compañeros son una calamidad. Con grandes trabajos hemos improvisado camastros en el suelo o en alto, un blando colchón de hojas verdes y hasta una pared de ramas amarradas con bejuco; pero lo que no hace la humedad y los vientos, lo logran los muchachos con sus travesuras. Quieren a toda costa cazar tigres, pero cuando un indio nos recomienda que nos cuidemos, porque nos puede hacer una visita nocturna un felino que merodea por la región, se acaban los deseos y deciden que es menos peligroso cazar pajaritos. En efecto, cobran un tucán. Tiene el pico más grande que su propio cuerpo y se ve ridículo. Queriendo asegurarse de que fué una bala la que lo mató, le hacen la autopsia y encuentran que tiene un enorme gusano llamado "moyote", que iba siendo bastante para matarlo por sí mismo.

Docenas de fotografías tomamos en cada visita, pero todo inútilmente. Llegamos a la conclusión de que después del medio día es cuando un momento se aclara la atmósfera y hay más luz y menos niebla y, en espera de un día claro, abrimos caminos, limpiamos distintos lugares y los acondicionamos para tomar las fotos.

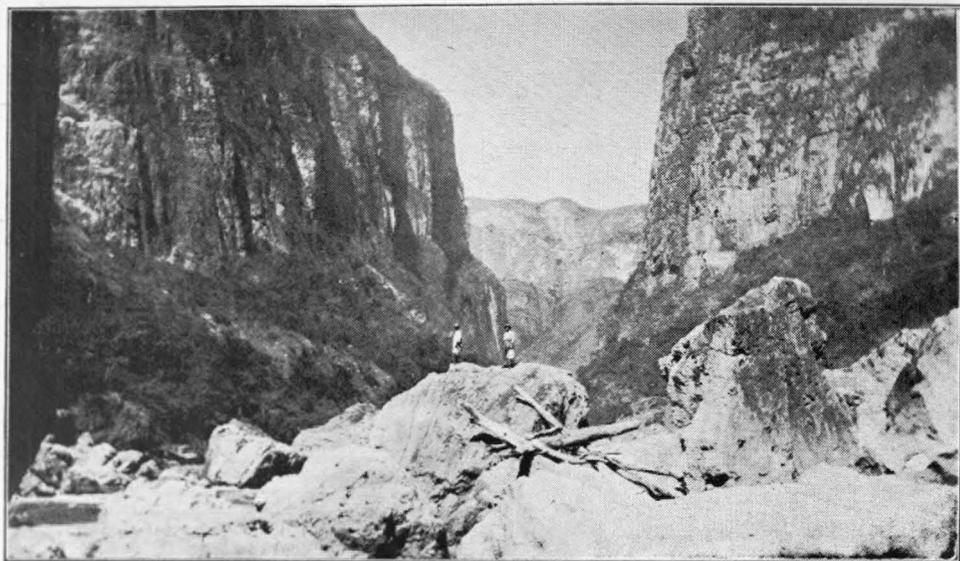
En una de estas visitas, cuando ya estaba todo próximo a terminarse y en cualquier momento procederíamos, haciendo funcionar



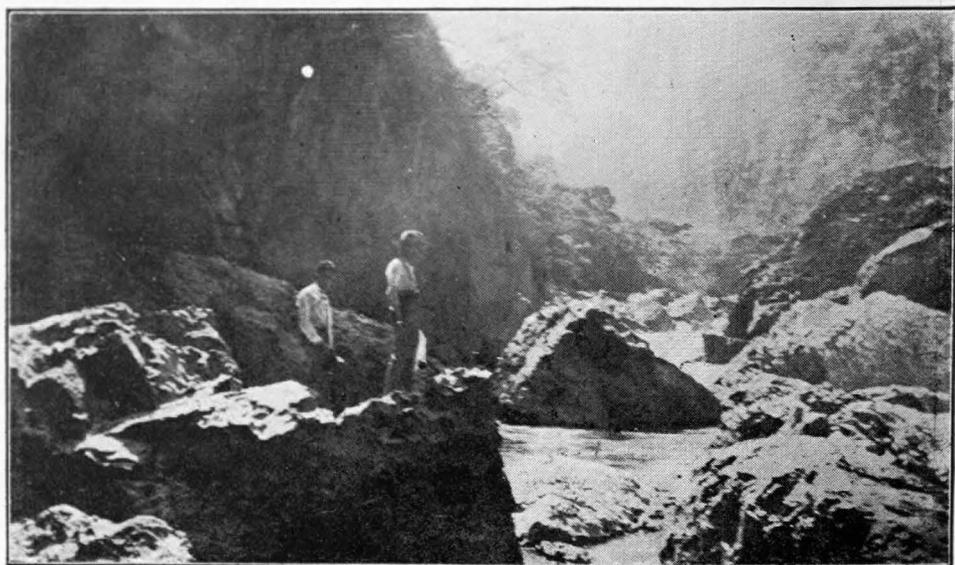
Panorámica de Chiapa de Corzo. Al fondo el río Grijalva y la iglesia donde descansan los restos de Fray Víctor María Flores, precursor de la educación elemental. Al fondo, el desprendimiento que frente a Tuxtla se llama Maclumatzá.



Detalle de la selva chiapaneca con clima caliente húmedo.



El cauce del Grijalva al entrar a formar el "remanso" del "Sumidero".



Fondo del "Sumidero".

las cámaras, llovió. No hacía viento, no había descargas eléctricas. La lluvia caía serenamente y los treintitrés muchachos de la Preparatoria que me acompañaban, estaban sentados, viendo tranquilamente la lluvia. Al principio me fué muy agradable, me traía muchos recuerdos de la infancia; pero luego, aunque seguía serenamente lloviendo, parecía que vaciaban cubos. Llovía tanto, como jamás me había imaginado que podría llover. La corriente había aumentado de manera alarmante y sentí temor por lo que podría pasarle a alguno de los jóvenes que iban bajo mi responsabilidad. ¡Media hora de llover! ¡Ahora sé lo que debe haber sido el diluvio de la leyenda!

¿Cuánta agua cayó por metro cuadrado? No sé, no teníamos posibilidad de medirla, ni los árboles lo permitían. De lo que sí estoy seguro, es de que en ninguna otra parte del país he visto llover tanto.

La niebla era persistente a pesar de que en los valles no era época de lluvias. Yo continuaba mis visitas con toda regularidad, unas veces solo, acompañado otras.

Una vez el profesor don Marcos Becerra consiguió un barómetro altimétrico que mandó rectificar. Arriba de Piedra Parada está la altura más grande tal vez de todo el borde izquierdo aguas abajo, y allá fuimos a hacer una medida. Antes se había tomado una lectura en Chiapa de Corzo y se había tenido en cuenta la diferencia con el lecho de la corriente en el recodo. El resultado fué "mil cien metros" sobre el nivel del río, altura que coincide con una de dos lecturas hechas años atrás por una comisión de exploradores, datos marcados en la corteza de un árbol cercano. Se hicieron las medidas en distintas horas del día y se tomó el promedio.

Con el fin de darnos una idea más precisa de la altura, nos dividimos en dos grupos y nos colocamos unos en el mejor punto de observación y otros en un lugar en que el cantil se divide en tres grandes porciones que nos parecían iguales. Don Marcos Becerra y Angel M. Corzo mandaron arreglar un tronco de árbol de 2.25 metros de largo, con un peso aproximado de cincuenta kilogramos. A una señal, soltaron el tronco de árbol y nosotros contamos trece segundos antes de que tocara el fin del primer tercio de la pared. En el momento de soltar el tronco, no había corriente de aire apreciable; sin embargo, no se pudo terminar el cálculo, porque debíamos hacer unas rectificaciones desde el borde contrario y nos fué imposible hacer el viaje.

A los lados del río y en las partes en que la pared no es vertical, se ve una vegetación minúscula con aspecto de zacate, pero cuando hemos logrado entrar en la parte accesible del cañón, me he dado cuenta de que lo que nos ha parecido zacate, son arbolitos de dos a cinco metros, que abundan notablemente y cuyo nombre no logré conocer.

La pared del lado derecho, río abajo, no es vertical aunque tampoco es accesible. Examinándola detenidamente con unos anteojos de campaña, se descubre una cueva que a la simple vista se percibe como un punto negro. Tiene la entrada amplia, parece que fueran dos metros de ancha por tres de alta. Recta al principio, tuerce a la izquierda. A la salida de ella se forma una especie de camino que se pierde entre las copas de los árboles que están más abajo. Algunas gentes creen que tiene una entrada por una parte accesible, que sólo conocen algunos cazadores.

Después de muchas tentativas realizadas durante dos años, un día limpio tomamos unas fotografías que resultaron bien. El trabajo no era una cosa sencilla. Había que valerse de un hoyo como a setenta centímetros del borde del río, en el que se podía afianzar un solo pie, sacar más de medio cuerpo y extender los brazos para librarse de los obstáculos que de otra manera no se podían evitar. Había el peligro de que aquel borde no resistiera el peso del cuerpo y se quebrara, en cuyo caso las cosas quedaban hasta ahí.

A pocos kilómetros del recodo y sobre la cordillera, hay una gruta, llamada de Montecristo, de poco desarrollo, pero interesante y muy visitada por los exploradores de Tuxtla.

La excursión más interesante se organizó con 23 afectos al estudio, guiados por don Marcos Becerra. El Dr. Samuel León fué como médico del grupo y Alberto Chanona y Mario Balboa como guías.

Una canoa pedida a Chiapa de Corzo nos pasó el río en un lugar donde principia la corriente rápida. A temprana hora principiamos a caminar a pie. Poco después la caminata se hizo en extremo difícil, porque en lugar de arena y canto rodado encontrábamos enormes rocas que llegan a alcanzar grandes proporciones y que acabaron por impedir el paso en absoluto. Esto sucedió como a un kilómetro de nuestro desembarcadero. La comida, las armas, los abrigos, todo lo que no era indispensable, tuvo que dejarse. Yo llevé mi cámara, don Marcos su pistola y Balboa una reata que nos fué muy útil. Al principio todos trepamos con resolución, pero al poco andar disminuyó el número hasta quedar en siete. El camino se hace bordeando la falda del cerro y se eleva hasta unos doscientos metros, desde donde se ven muy pequeñas las piedras que nos obstruyeron el paso. La mayor parte de este trayecto, cuando se trepa, se hace en cuatro pies y cuando se desciende la mejor forma es en cuclillas.

Por fin, llegamos por medio de cuerdas al lecho del río. La altura del borde superior, en este lugar, a medio kilómetro de la entrada al gran remanso, será de 350m. Este es el lugar que debe haberse tomado para el escudo de Chiapas, que tiene un río que cruza entre dos enormes cantiles y en la cumbre de uno de ellos se ve una palmera.

También nos fué posible darnos cuenta de que la erosión ha dejado en el centro de la corriente enormes rocas arcillosas, a que hemos hecho referencia, así como bloques de basalto. Descubrióse la formación geológica de la serranía, en la que se notan con toda precisión rocas silíceas que fueron depositándose por sedimentación. Otras muestran pequeños cantos rodados de diferentes colores, que, ya solos o con areniscas, han sufrido el peso de las capas superiores que han hecho de ellas un solo bloque, en el que se distinguen, deformadas por la terrible presión, las arenas y las piedras de colores, así como pedazos de árboles petrificados en otras capas sujetas a menor presión.

En el lecho del río y donde las piedras lo permitían, tomé dos fotografías. En una de ellas se ve claramente la pared del gran remanso, donde el río cambia de dirección, y que a la simple vista no logramos distinguir.

En la resaca se han quedado grandes troncos de árboles y parece que acaba de suceder una catástrofe.

Para salvar una pequeña distancia sufrimos mucho. El Dr. León llegó al último. Se había perdido y tuvo que bajar solo. Tenía la ropa hecha pedazos y de una larga herida en el cuello manaba sangre. Pero llegó.

El regreso fué particularmente difícil para mí, porque por no perder de vista el suelo, seguí otra vereda usada por los venados. Dos horas anduve perdido. Sólo el instinto de la vida puede permitir a uno cruzar lugares en que, solamente viendo, puede creerse que sea dable transitar.

¿Cómo pudo haberse formado el cañón? Un terremoto habría desgajado la cordillera en cualquier sentido, pero las paredes no habrían quedado verticales. Entonces las exploraciones se encaminaron a los valles tanto de Tuxtla como de Chiapa. Hay entre ellos una ramificación del Hueitepec, que frente a Tuxtla tiene el nombre de Mactumatzá (once estrellas). En el valle no dió resultado la exploración porque hay gruesas capas de humus; en el Mactumatzá a poca profundidad se encuentra la roca calcárea que caracteriza la cordillera. Después de muchas tentativas en distintos lugares, ya para descender a un pueblo de indios zoques, en la misma roca calcárea encontramos lo que buscábamos: restos fósiles de diferentes animales marinos de pequeño tamaño, que comprueban que aquella región fué un mar interior y que una pequeña corriente de agua al principio, originó la erosión y vació con el tiempo aquel depósito sin salida. Después supimos que conchas marinas, caracoles y caparzones calcáreos de diferentes animales se han encontrado en otros lugares.

La mayor parte de la serranía es calcárea, como se comprueba en

Montecristo, Piedra Parada, los pedregales que están en el camino de Tuxtla a Jalisco Arriaga, en el Mactumatzá y en otros muchos lugares importantes. El agua de Tuxtla no es potable por la cal que contiene; es tanta, que al hervir tres o cuatro veces un objeto de fierro, se cubre completamente de sarro. En Cerro Hueco se observa que un pedazo de madera que arrastra el agua, pronto se cubre también de sarro y toma la apariencia de una piedra o de una rama petrificada.

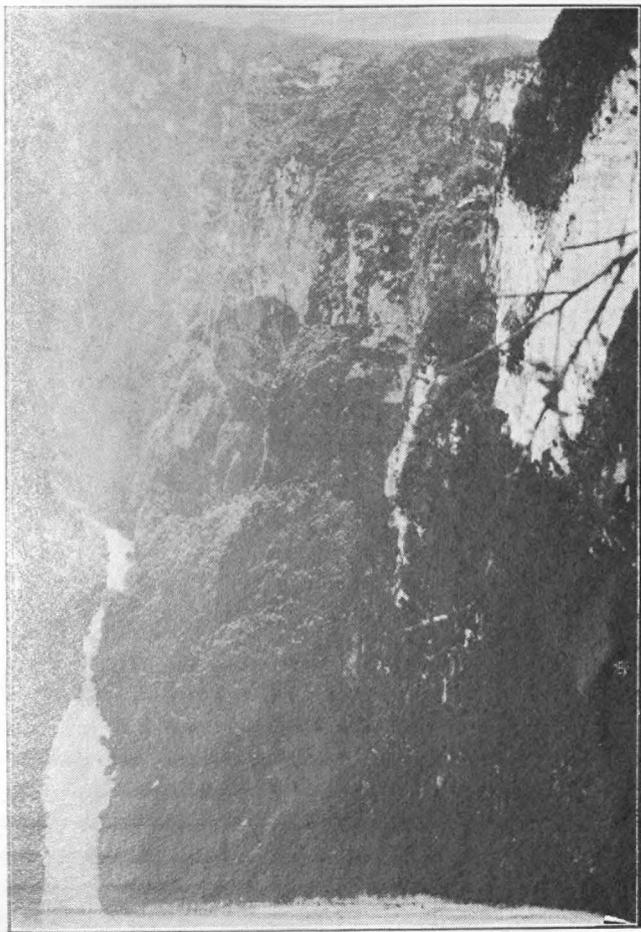
Desde más arriba de Chiapa hasta la entrada del Sumidero, hay bastante pescado y, más que todo, lagarto. He presenciado la caza de éste y he quedado admirado de su rapidez de movimientos en tierra y de su reacción instantánea en el agua. Y no se crea que el lagarto es siempre el amo de las aguas: del vientre de un pescado de más de treinta centímetros, he visto sacar un pequeño lagarto que de la cabeza al nacimiento de la cola, medía como veinticinco centímetros. Es tan peligroso en aquellas aguas, que a veces ataca a hombres a caballo que pasan el río.

Antes de entrar al cañón, al lado derecho, río abajo, estuvo Nandiumé, capital de los chiapas, que al ser vencidos por los conquistadores, se arrojaron al "Sumidero". El profesor Angel M. Corzo ha recogido en detalle la tradición de los chiapas y ha estudiado las ruinas existentes.

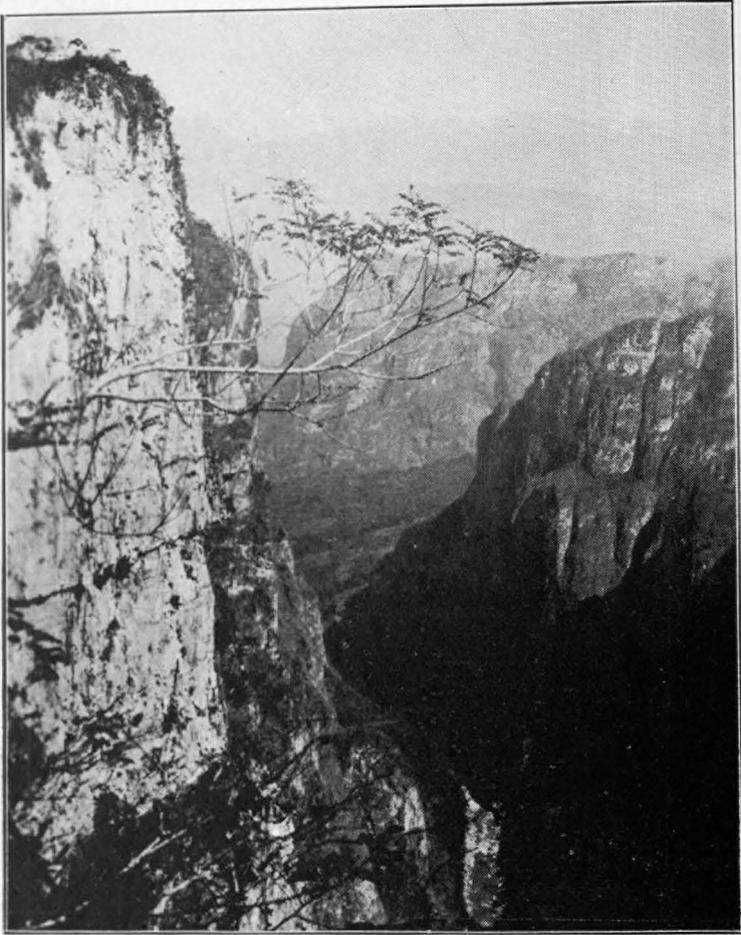
Chicoacén es el lugar con pocas casas en donde se puede pasar el río en canoa después del Sumidero, y Osumacinta, por la margen derecha, aguas abajo, el poblado más cercano al fin del cañón. Desde un lugar próximo a este sitio, se ven en lo más alto del acantilado, grandes figuras grabadas en la roca. No me fué posible estudiarlas, pero los que lo han hecho no han logrado precisar qué pueblo puede haberlo hecho y en qué época.

El cañón del Sumidero podría ser un magnífico lugar de recreo y un importante centro de turismo, si se acondicionara un hotel o posada en Piedra Parada. Una carretera que lo uniera con la gruta de Montecristo, bordeando el cañón, sería interesantísima y además muy productiva por la extraordinaria belleza que encierra. Se podría acondicionar un punto de observación que dominara la salida, cerca de Osumacinta, al que se iría por Chicoacén y otro en un lugar desde donde se pudiera dominar el gran remanso. Bien vale la pena gastar tiempo y dinero para admirar tan soberbia obra de la naturaleza, de la que se enorgullecen los chiapanecos.

Hace más de veinte años que el Sumidero fué visitado por una comisión enviada, al parecer, por la Secretaría de Fomento. Este grupo, ayudado por el profesor Marcos E. Becerra, estuvo casi frente al gran remanso y pasó por el camino que nosotros recorrimos en el interior del cañón.



Un aspecto del "Sumidero".



Aspecto de la salida del Grijalva en el "Sumidero".

Según la tradición que se conoce en Tuxtla y Chiapa de Corzo, de 1860 a 1865, el Sumidero fué explorado por dos franceses cuyos nombres se han perdido. Cometieron el error de aventurarse en una canoa. Nada se volvió a saber de ellos y si sus cadáveres cruzaron el cañón, buena cuenta deben haber dado de ellos los lagartos que abundan en aquella región.

Bellas, en verdad, son las leyendas relacionadas con el Sumidero; antes de que los chiapas llegaran desde alguna región lejana hasta aquí, o que producto de esta tierra, vinieran al *Nandechia* y levantarán a sus orillas florecientes pueblos, entre los que se distinguían por su grandeza Nandalumí, Nacayolá y Nandiumé, la bella capital que miraba al mundo desde lo más alto del "tepetchia", peñón y baluarte de su raza; antes de que Tamagostal fuera el dios de los dioses y Cipaltonal, dios de la siembra, regalara con sus dones las labores de Cangüí o ribera de los "nandas" que deslizan sus aguas mansas y silenciosas entre "chircas", "cupapés" y ceibas centenarias; antes de que la hermosa flor del "sospó" se mojara con la sangre de un chiapa y fuera encarnada; antes de que la amarilla flor del "candoc" viera al mundo y los "jocotales" se cubrieran de rojas ciruelas y que la modesta flor de "siqueté" abriera sus pétalos, los espíritus amaban ya esta hermosa región.

Andando el tiempo hubo un disgusto entre los dioses por causas ajenas a la humana intención, y uno, rebelde y pendenciero, fué condenado a vivir en una cárcel muchos miles de años. Gruesas nubes cruzaron el espacio y obscurecieron el día; los vientos dejaron caer el aullido de su queja lúgubre y larga; los árboles temblaron en sus hojas, en sus ramas y en sus raíces; las flores deshechas volaron en las invisibles alas del viento que las desgarraba; la vida animal se detuvo un instante presa del miedo y las aguas rugieron al eco de las iras divinas. El Gran Espíritu quebró la cordillera y dejó pasar el río, pero cerró la entrada y la salida a los mortales y allí dejó al preso a que purgara su pena.

El espíritu del Sumidero se esconde en el oscuro fondo de las aguas y su voz de protesta se levanta hasta el azul del cielo; su aliento hace las nubes y con ellas se esconde a los humanos.

El Sumidero es sagrado porque el Espíritu es celoso. El curioso que trata de sorprender el secreto, siente el encantamiento divino: es una fuerza interior que nos atrae, persistente, para hundirnos en la blancura retumbante de su espuma. El que ha entrado, no ha podido salir. Ha quedado en la tumba, digna de un semidiós.

El dios del Sumidero ama la libertad. Impaciente consume su sentencia y prohíbe su albergue a nuestra curiosidad, hasta un día del mañana en que acabe su mal, deje la puerta abierta y el hombre pueda entrar.